



www.loqueleo.com/es

© 2018, Jordi Sierra i Fabra

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-192-0

Depósito legal: M-5.182-2018

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: mayo de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EL GRAN
SUEÑO

JORDI SIERRA I FABRA

loqueleq

A David Menkes, soñador.

Primera parte

El viaje

(Primavera de 1881)

EL AIRE ERA CÁLIDO y, sin embargo, Alberto sentía frío.

Un frío que recorría su espina dorsal, llenaba de hormigueo sus brazos y manos, le atenazaba la mente y le mantenía expectante, con la tensión de los que saben que no solo se están jugando el destino, sino la vida.

Aunque, por lo menos, si le detenían en el puerto no le matarían ni le echarían por la borda como se decía que hacían en alta mar. Como mucho le apalearían.

¿Cuánto faltaba?

Asomó la cabeza por entre los fardos perfectamente alineados sobre el rectángulo de madera que debía ser izado a la cubierta y oteó el panorama. La agitación en el muelle se concentraba ahora en la zona de embarque de los pasajeros. Los de primera clase, pocos, ya se encontraban en sus camarotes. Los que subían ahora por la pasarela tras superar el control eran los de tercera clase, los más pobres.

Pobres aun cuando, a diferencia de él, ellos sí podían pagarse un pasaje.

Eran bastantes. La mayoría hombres, solitarios, pero también había familias, mujeres, niños, niñas. Llevaban sus fardos, sus bolsas, sus pequeños hatos o maletas. Su mundo entero.

No como él, con las manos vacías. En la miseria de sus vidas y la comedida tensión de sus rostros se adivinaban las mismas emociones, como si los sentimientos se midieran por un rasero único. Se iban para no volver. La tristeza contrastaba con la esperanza. Sin esperanza nada tenía sentido.

Al otro lado del mundo estaba el gran sueño.

Una vida mejor.

¿Para todos?

Alberto volvió a esconderse bajo la lona; un fardo más.

10 Intentó pensar en cosas agradables. Intentó dejarse llevar por la misma fuerza que le había empujado hasta allí. Intentó convencerse, una vez más, de que era lo mejor. Ya no tenía a nadie. Solo a sí mismo.

No era mucho.

Pero al mismo tiempo lo era todo.

Quizá un día, cuando fuera muy muy rico, regresara. Llegaría a Barcelona como un gran hombre. Ahora se iba como un pobre diablo.

En primavera los días eran más largos. La luz tardaba en irse y la oscuridad se hacía esperar. De noche todo habría sido más fácil. De noche, él siempre había sido una sombra más, huidiza y esquiva.

Como todo superviviente.

Una bruja se lo había dicho: «Tú eres como el viento, que se nota pero no se ve. Y más aún como el agua, que nadie puede atrapar con la mano. Pero por encima de todo eres fuego. Un fuego que abrasa pero no te quema ni te consume». Las brujas lo sabían todo, ¿no?

Acurrucado bajo la lona siguió escrutando la subida de los pasajeros de tercera clase. Vio a un par de chicas jóvenes. Parecían

atractivas. Había conocido a algunas muchachas, en las calles, pero ninguna era guapa. Aquellas eran diferentes. Una lloraba y no se le veía el rostro. La otra lo miraba todo con los ojos muy abiertos. Pese a la distancia intuyó que era dulce. Desprendía un halo de pureza.

Se aplastó contra el suelo al escuchar la voz a su espalda.

—¿Estás ahí, chico?

—¿Dónde quieres que esté? —susurró.

—No te muevas. Ni respire.

—Ya me lo dijiste.

11

Volvió el silencio, pero solo unos segundos. Por entre las costuras de la lona que le cubría vio cómo el garfio de la grúa de vapor descendía sobre la carga. Cuatro gruesas cuerdas con sus respectivos enganches oscilando sobre su cabeza. El hombre los sujetó a los extremos de la base. No corría, se lo tomaba con calma. Una vez asegurado el conjunto le oyó gritar:

—¡Arriba!

Y la carga se levantó del suelo.

La última vez que Alberto pisaba Barcelona. Quizá para siempre. Quizá no si se hacía rico y volvía.

Voló por el aire. Se columpió. Tuvo que aplastarse contra el suelo y sujetar la lona para no exponerse. La maniobra no fue rápida, al contrario. El hombre volvió a hablarle.

—Ahora tranquilo.

La grúa de vapor llevó los grandes fardos más allá del muelle, hasta el barco anclado y sujeto a tierra por los noráis de hierro colado. Una vez encima de él, hizo descender toda la carga hasta el fondo de la bodega. Mientras se hacía la oscuridad, Alberto vio también por última vez su ciudad, su luz, el Tibidabo...

Adiós.

La carga se asentó en la bodega, el hombre saltó de ella y liberó los cuatro enganches antes de acercarse y despedirse de él.

—¡Ya está, chico! —le dijo—. ¡Suerte!

Era una buena palabra. Más aún si estás solo.

12 **LEONOR LO MIRABA TODO** con los ojos muy abiertos mientras Mercedes lloraba de manera desconsolada, como si le arrancaran el alma. Ella prefería ver y absorber, no olvidar nunca aquel día ni aquel momento. Sabía que vivía el giro de su destino, y que se encontraba en el punto crucial de su corta existencia de dieciséis años. Ya nada sería igual. Ni para lo bueno ni para lo malo. Nada, salvo que su corazón seguiría latiendo.

En aquel instante una grúa de vapor levantaba una carga y la hacía volar despacio por encima del muelle para depositarla en el interior del barco.

Se la quedó mirando.

Mirando fijamente.

Luego la carga desapareció en la bodega y ella reaccionó sin saber por qué se había quedado tan hipnotizada, como flotando en una burbuja.

Volvió a mirar el barco, de proa a popa.

Le gustaba el nombre: Odisea.

Noventa metros de eslora, veinte de manga, una chimenea, dos mástiles. Parecía viejo.

Algo viejo para llegar al Nuevo Mundo.

Un desgarrador quejido de Mercedes arrancó a Leonor de su atenta abstracción.

—¿Quieres dejar de llorar? —se abrió como una cuña entre ellas la voz de su padre.

Lejos de obedecerle, su hermana mayor arreció en el llanto.

—¡Déjala, papá! —le pio Leonor.

—Si es que...

—Ventura.

El hombre miró a su esposa, seria, rígida, intentando mantener la escasa dignidad de que podía hacer gala. Joaquina hablaba poco. Nunca había sido una mujer locuaz, pero le bastaba con una mirada o un gesto para que toda la familia supiera a qué atenerse. Fue ella la que abrazó a Mercedes rodeándola con un brazo para que la joven apoyara la cabeza en su hombro.

13

Ventura soltó una bocanada de aire.

—Nos irá bien —dijo aferrándose al deseo más que a ninguna otra cosa—. Ya lo veréis: nos irá bien.

Leonor se apartó de la fila para calcular cuánto les faltaba. Llegaban al control. El último paso antes de subir al barco. Por detrás se amontonaban otras sesenta o setenta personas, todas cargadas con sus escasas pertenencias. Se encontró con los ojos del joven que los seguía en la fila. Tendría la edad de Mercedes y viajaba con sus padres. Ellos se mantenían en silencio.

Fue un cruce rápido, fugaz, y enseguida ella apartó la mirada, aunque supo que él seguía observándola.

Quizá hablasen en el barco. El trayecto era largo. Quizá no.

Mercedes dejó de llorar, o al menos de exteriorizar sus sentimientos de manera tan viva. Pasaron cinco minutos y, finalmente, se encontraron frente a la mesita situada al pie de la pasarela. Los dos hombres se limitaron a observarlos. Uno tenía una pluma en la mano y el registro bajo ella. El otro extendió la suya para que el cabeza de familia le entregase los documentos.

El hombre de la pluma pareció abstraerse en la contemplación de Leonor. Era el más joven de los dos. Frisaría los treinta.

—¿Ventura Codonyer Sallent? —leyó su compañero.

—Sí, señor.

—¿Joaquina Molins Palau?

—Sí, señor.

—¿Mercedes y Leonor Codonyer Molins?

—Sí, señor —respondió Leonor.

El hombre de la pluma tuvo que reaccionar, dejar de mirarla.

14 Anotó los cuatro nombres en el registro con una hermosa y clara caligrafía. Incluso adornó el de Leonor. Ella se dio cuenta del detalle.

—Que tengan un buen viaje. —Les devolvió los papeles el que había hablado.

Ventura Codonyer los recogió con solemnidad y se los guardó en la chaqueta antes de dar el primer paso en dirección a la pasarela. Ahora, Leonor supo que la estaban mirando tanto el muchacho que la seguía en la fila como el hombre de la mesa.

A veces se acostumbraba. A veces, no.

Se olvidó de ellos cuando su pie izquierdo se despidió del suelo de Barcelona.

—Nos irá bien —oyó suspirar a su padre una vez más—. Claro que sí, ya lo veréis. Nos irá bien.

GERARDO HABÍA AGUDIZADO EL OÍDO al máximo, pero no llegó a escuchar el nombre de la chica a la que no podía quitar ojo. La hermana mayor no era excesivamente agraciada. La pequeña, en cambio..., se le antojó lo más hermoso que jamás hubiera visto.

¿O sería la situación, el momento, saber que harían aquel largo viaje juntos rumbo a la tierra de promisión, un mundo en el que serían extraños y, al menos al comienzo, estarían tan indefensos?

¿Formarían una colonia de españoles para no estar solos?

¿Una colonia en la que aquella chica y él pudieran trabar amistad o...?

Les tocaba el turno a ellos y cargaron con sus fardos una vez más.

Su padre volvió la cabeza. Los guardias del puerto y la policía ya estaban lejos, podía considerarse a salvo, pero aun así mantuvo la tensión, el miedo que los había acompañado durante los últimos días, mientras urdían su escapada.

—Tranquilo, Ricardo —dijo su esposa.

—Ya.

—Me estás poniendo de los nervios.

—Concepción, por favor...

La mujer levantó la barbilla con su último deje de orgullo. En ningún momento había vuelto la cabeza para ver lo que dejaba atrás. Sus ojos reflejaban amargura, pero también una contenida rabia envuelta en un hálito de frustración.

Al borde del odio.

Llegaron a la mesa y los papeles cambiaron de mano. La familia que los había precedido en la fila subía por la pasarela. El mismo cuadro: la hermana mayor llorando y la pequeña observándolo todo con los ojos muy abiertos.

—¿Ricardo Salaverry Roca?

—Sí, señor.

El hombre examinó detenidamente el documento.

¿Con demasiada calma?

Ricardo volvió a mirar en dirección al muelle; un mero instinto de supervivencia.

Estaba a salvo. Nadie iba a detenerle ya.

—¿Concepción Gassol Llach?

—Sí, señor.

—¿Gerardo Salaverry Gassol?

—Sí, señor.

16 Mientras el otro copiaba los nombres en el registro, Gerardo intentó leer los de las dos jóvenes sin conseguirlo. Cuando los papeles de la familia volvieron a sus manos, también ellos se encaminaron a la pasarela.

La familia que los había precedido ya no estaba a la vista, pero sí en el barco, y todos juntos compartirían el mismo espacio los siguientes días, hacinados en una bodega, sin intimidad ni espacio para pasar inadvertidos.

—Buen viaje —les deseó el hombre de la mesa.

—Gracias —le correspondió Ricardo Salaverry.

Su esposa ya se encaminaba a la pasarela, manteniendo la cabeza alta aunque los dos fardos que sujetaba con ambas manos le doblaban el cuerpo.

LEONOR CONTEMPLÓ CON DESÁNIMO el espacio que les habían reservado.

Aunque palabras como *espacio* y *reserva* sonasen a burla.

Se trataba de una pequeña bodega, sin ventilación salvo por la puerta de acceso, y de unos quince metros de largo por diez de ancho. No había nada parecido a una cama. Les habían dicho que habría literas de madera y no era cierto. El mayor lujo era

disponer de una hamaca colgada de los garfios del techo, pero ni eso tendrían: iban a dormir en el suelo, encima de sus pertenencias a modo de colchón. Los que estaban en el centro ni siquiera disponían de una pared en la que apoyarse, como ellos, a la izquierda de la puerta. Se tenía en cuenta a quienes viajaban en familia, aunque cualquiera que pudiera pagar una hamaca disfrutaba de ese privilegio.

Mercedes contempló el lugar con renovado horror.

—No hay... intimidad —dijo—. Esto es espantoso.

—El baño, saliendo a la derecha —se limitó a indicarles el marinero que los había acompañado—. Y no se pongan muy anchos porque han de caber todos.

—¿Todos los de la fila? —preguntó Ventura Codonyer.

—Sí —se encogió de hombros el tipo, con la cara quemada por el sol de los siete mares.

La mayoría de los que ya ocupaban el lugar eran hombres solos, a quienes asentaban al otro lado. Joaquina Molins miró el techo.

—Podemos poner una cortina sujeta ahí y ahí —les hizo ver.

—¿Una cortina? —se extrañó su marido.

—Atamos algunas faldas, y con las mangas de las camisas las enganchamos con esos garfios.

—Tú y tus soluciones —sonrió Ventura.

—A ver —dijo ella—. ¿Me ayudáis?

Leonor y Mercedes la obedecieron. Abrieron dos de los fardos, extrajeron algunas prendas de vestir y se dispusieron a hacer nudos con las ropas.

Ventura se pasó una mano por la frente. Empezaba a hacer calor.

—En alta mar hará frío —se le ocurrió decir.

LO PRIMERO QUE HIZO GERARDO al entrar en la bodega fue localizar a la familia que los había precedido.

—Ustedes, aquí —señaló su espacio el marinero—. Y no se pongan anchos que han de caber todos los de la fila.

—¡Santo Dios! —se estremeció Concepción Gassol—. ¡Vamos a parecer sardinas en lata!

El marinero le lanzó una mirada indiferente, luego les dio la espalda y se fue a por más pasajeros de tercera clase.

—¿Quieres calmarte, Concepción? —le susurró su marido.

18 —¡Cálmate tú! —exclamó entre dientes para no hacerse oír.

—Papá, mamá —intentó poner paz su hijo.

—Sería mejor tirarme por la borda en pleno viaje. —Apretó los puños.

—No digas eso, mamá.

—Pero ¿es que no ves dónde estamos? —Abrió los brazos con dramática solemnidad.

—Sí, y estamos juntos, los tres —quiso ser positivo.

—Eso no es estar juntos, hijo —negó su madre—. Eso es arrastrarnos al infierno.

Ricardo Salaverry bajó la cabeza. Por alguna extraña razón miró la puerta de la bodega, un hueco ovalado por arriba y por abajo. Ya no era un lugar para entrar o salir. Era más bien una frontera.

¿Cuándo había dejado de ser su esposa la mujer con la que se casó? ¿En qué lugar del camino se torció su gesto? ¿Solo porque él era un perdedor?

—Concepción. Lo hice por ti, y lo sabes.

Ella pareció a punto de estallar.

No lo hizo.

Comenzó a extender los bultos por el suelo, como si así delimitara un espacio en el que habitar.

Gerardo miró el lugar ocupado por aquella chica.

Ella, su hermana y su madre estaban haciendo una especie de cortina con varias prendas de ropa. Cuando la colgaron de los ganchos del techo estuvo a punto de ofrecerse para ayudarlas, pero el techo estaba demasiado bajo y los ganchos sobresalían tanto que el mismo padre de las dos muchachas se encargó de la parte final.

La chica trabajaba ajena a todo lo que la rodeaba.

—Es una buena idea —señaló la precaria cortina dirigiéndose a su madre.

Lo único que dijo ella fue:

—Cuando esto se mueva y la gente empiece a vomitar...

19

PARA ALBERTO, el tiempo dejó de contar. ¿Llevaba embarcado una hora, dos, tres? Imposible de saber. Estaba tan quieto que le dolía el cuerpo. Hacía calor. Se ahogaba. No oía nada a su alrededor, pero temía sacar la cabeza fuera de la lona que cubría y protegía los bultos entre los que se había escondido. Sin saber cómo ni por qué, seguía pensando en aquella maldita bruja. «Solo viviendo en la oscuridad se puede apreciar la luz cuando aparece», le había dicho.

Ahora vivía en la más completa oscuridad.

¿Se refería a eso?

Era una bruja singular. La llamaban la Faixas, porque siempre llevaba varias fajas por encima de la ropa. Incluso en verano. Tenía unos ojos siniestramente transparentes y se decía que por sus manos habían pasado más hombres que estrellas cupieran en el cielo. A él siempre le contaba historias, más increíbles que sorprendentes.

Pero todo el mundo le tenía miedo y la respetaba.

Por si acaso.

«Tienes una línea de la vida muy larga, Alberto. Larguísima. Vivirás muchos años, tendrás cinco hijos. Y lo más importante: verás cosas que ni te imaginas».

«¿Dónde?».

«Lejos. Muy lejos de aquí. Llegarás donde pocos hayan llegado».

«¿No puedes decirme algo más concreto?».

«¿Crees que las líneas de la mano son como libros abiertos? ¡Hay que interpretarlas!».

20 Y le daba uno de sus pescozones que sonaban a caricia.

Lejos. Muy lejos.

¿Se refería a eso?

¿De Barcelona a Nueva York?

En la oscuridad, Alberto miró sus manos desnudas. No las veía, pero estaban allí. Podía tocarlas. Y más que desnudas, lo que comprendió fue que estaban vacías.

No tenía nada, ni siquiera agua y comida para resistir el largo viaje hasta la Tierra Prometida.

¿Cómo sobreviviría?

¿Podría robar día a día lo necesario para seguir vivo?

Nueva York no sería diferente de Barcelona, salvo por el idioma. Allí sabría qué hacer. En el barco no. En el barco era un polizón, peor que una rata.

No quería morir en la bodega, solo y a oscuras.

De pronto escuchó un rumor.

Primero, bajo él.

Después, a su alrededor.

Y supo que el barco empezaba a moverse, que iniciaba finalmente el viaje, que la suerte estaba echada.

Hora de empezar a buscarse la vida.

APOYADO EN LA BARANDILLA, con los ojos muy abiertos, Narciso Redolat veía cómo el barco se apartaba del muelle y cómo las luces del puerto, de Barcelona, se alejaban.

Nunca se había subido a una simple barca, era hombre de tierra firme, jamás había visto el mar, así que la idea de atravesar el océano en un buque se le habría antojado imposible menos de un año antes.

La vida podía cambiar muy rápido.

Se dio cuenta de que tenía las manos aferradas a la barandilla, como si se agarrase a ella en lugar de apoyarse. Manos blancas por el esfuerzo. Temió que aquel acceso de pánico fuese un grito que alertase a los demás y miró a su alrededor, pero nadie reparaba en él. Era uno más. A su derecha, dos chicas jóvenes, entre dieciséis y dieciocho años. A su izquierda, un muchacho que también frisaría los dieciocho. Junto a las jóvenes, sus padres. Junto al muchacho, un adulto. Se preguntó qué sentirían. Si viajar solo era ya difícil para un hombre, ellas, con sus familias, ¿eran conscientes de lo que las esperaba?

Bueno, al menos él tenía un destino.

En Nueva York le aguardaba su esposa.

Una mujer a la que no conocía.

Y a su lado, una vida sólida, garantizada, estable.

La noche era muy hermosa. Ni la brisa marina era capaz de enturbiarla. Una noche plácida a la que solo el runrún del barco robaba un poco de silencio. Las personas asomadas a la barandilla no hablaban.

Algunas, como la mayor a su derecha, lloraban.

Los estragos del temporal de enero todavía se notaban en algunos puntos de los muelles de Capitanía, el de Poniente y el de Barcelona. Se dragaba el de los Pescadores, se ponían noráis en

el de San Beltrán y, tras el derribo de las Murallas que cerraban la ciudad al mar, se hacían los primeros trabajos de arbolado, desagüe y adoquinado en su lugar. Pronto aparecerían también las primeras máquinas y grúas en los muelles de las Atarazanas, el de Barcelona y el que reemplazaría a la propia Muralla. En otras zonas se trabajaba para ampliar y reparar las escolleras, como en el Morro del Este, el más perjudicado por el temporal de Levante de los días 2 y 3 de enero, repetido el 25 del mismo mes y luego del 15 al 25 de febrero. Allí las olas habían desplazado como si fueran granos de arena inmensas moles de piedra de cuatro a seis mil kilos de peso, al tiempo que derribaban una grúa de vapor como si fuera una pluma. En compensación, en alguna parte había leído que ya se habían hecho las primeras pruebas para dotar de luz eléctrica al conjunto portuario, de momento combinando el nuevo prodigio con el gas. Luz equivalía a seguridad.

Barcelona crecía, se afianzaba como puerto mediterráneo, como gran ciudad, y él se marchaba. ¿En busca de una vida mejor?

Con tantas tempestades y la crudeza del invierno, su viaje había sido pospuesto hasta la primavera por razones de seguridad, y había estado al tanto de todo lo sucedido en el puerto por la misma razón. Una larga espera que tocaba a su fin.

Narciso Redolat levantó una mano.

Un gesto simbólico.

Más que de Barcelona, que a fin de cuentas no era su ciudad, se despedía de la tierra, de su pueblo colgado entre montañas.

Ya no era un niño. Tenía veinticinco años y estaba casado.

La sirena del Odisea aulló por primera vez en la noche.

LO PEOR ERA NO SABER cuánto duraba el viaje. ¿Dos semanas? ¿Tres? Nadie se lo había dicho.

Podía estar una semana sin comer, pero sin beber era difícil, así que cuanto antes se familiarizara con el barco, mejor.

Alberto apartó la lona, respiró con fuerza el enrarecido aire de la bodega de carga y trató de atisbar algo a través de la oscuridad. Cuando comprendió que era imposible, y más en plena noche, decidió arriesgarse.

Caminó a tientas, despacio, asegurando cada movimiento, con los brazos extendidos, tocando con las manos todo lo que aparecía por delante: cajas, embalajes, más y más lonas cubriendo lo que fuera, barriles atados con cuerdas... A veces no había paso entre la carga, así que trepaba por ella. Cuando al fin alcanzó una de las paredes metálicas de la bodega, fue tanteando hasta dar con una escalera, también de hierro. Se asió a la barandilla y trepó suavemente, a cuatro patas, probando en cada momento la resistencia de los peldaños tanto como la posibilidad de que gimieran bajo su peso. Por desgracia, al llegar arriba, se encontró con una trampilla.

Cerrada por fuera.

Más y más dudas.

¿Y si no la abrían hasta llegar a Nueva York? ¿Y si...?

No, las bodegas debían ventilarse, estaba seguro. Y probablemente también las examinaban los marineros, para comprobar su estado o que las ratas no estropearan las mercancías. Lo más importante era dar con otro escondite, más confortable, con mayores posibilidades de conseguir comida, donde pudiera respirar aire puro y escapar en caso de que vinieran mal dadas.

Escapar en un barco y en alta mar.

Bueno, ¿acaso no era casi un genio haciendo magia?

—Nada por aquí, nada por allá —suspiró no muy convencido.

Regresó a la parte baja y continuó examinando con las manos y a ciegas el perímetro de la bodega, salvando obstáculos y tomándose lo con calma. Estaban en juego su seguridad y su supervivencia. Encontró una segunda escalera y una puerta. La escalera, como la primera, conducía a una trampilla cerrada por el exterior. La puerta no, tenía una manivela, pero no se atrevió a abrirla. Aplicó el oído sobre la superficie metálica y al otro lado creyó escuchar voces.

24

Podía ser otra cosa, un ruido de las máquinas, aunque no se arriesgó.

Cuando ya creía haber recorrido todo el perímetro, halló una segunda puerta. Y no estaba cerrada, solo entornada.

Alberto metió la cabeza por el hueco.

Más oscuridad.

Salió de la bodega y se encontró en un pasillo. Sin dejar de tantear la pared de la derecha con una mano y mover hacia delante la otra, barriendo el espacio frontal, lo recorrió hasta dar con otra puerta, con un cristal en la parte superior. Pudo ver un resplandor al otro lado. Una lámpara de aceite apenas si quebraba las sombras.

No se veía a nadie.

Abrió la puerta, despacio, controlando cada gesto.

Otra escalerita.

Se armó de valor. Podía ser un pasajero más, ¿no?

Mientras memorizaba cada uno de sus pasos, se orientaba y calculaba tiempos y distancias, ya no dejó de subir. La tripulación en pleno debía de estar pendiente de las maniobras de desatraque. Era su oportunidad.

Cuando se encontró en cubierta, con la mayoría de pasajeros de tercera clase asomados a estribor, viendo cómo Barcelona se alejaba al otro lado del puerto, incluso sonrió confiado y seguro de sí mismo.

LLEVABAN CASI UNA HORA en cubierta, y de la agradable y primaveral brisa marina que envolvía el puerto, se había pasado al primer estremecimiento provocado por el aire del mar. La última escollera se alejaba por babor y las luces de Barcelona se iban amortiguando por la distancia. Aun así, los pasajeros seguían mirando la ciudad entre lágrimas, suspiros y sueños. Las aguas estaban relativamente quietas, un plácido Mediterráneo que ahora era como una alfombra líquida.

25

Leonor fue la primera en apartarse de la barandilla.

—Voy a por algo que ponerme —dijo.

Su madre seguía sosteniendo a Mercedes y su padre volvía a ser el hombre serio y circunspecto de siempre. Nadie le dijo nada. Casi se sintió sola.

Todos decían que era fuerte y eso no era verdad.

O tal vez sí.

Todavía no se había puesto a prueba.

Caminó por la cubierta, abrazada a sí misma, y bajó la escalerita que conducía a su bodega. Habían colocado una lámpara de aceite justo en el centro, colgando del techo, así que la luz, escasa, se desparramaba levemente sin alcanzar los cuatro lados del perímetro.

No había nadie.

O casi nadie.

Se fijó en él al entrar, pero más al disponerse a salir. Ocupaba una de las hamacas del otro lado de la puerta, casi pegado a la pared. Primero le pareció que ya dormía, tal vez agotado. Pero luego le oyó toser.

La misma tos de la abuela, grabada a fuego en su memoria, porque esa tos se la había llevado.

Leonor vaciló.

26 Todos tenían sus problemas. Sus historias. Y cargaban con sus dramas personales. Si se marchaban a Estados Unidos como emigrantes, era por algo. Probablemente ninguno lo hacía por placer. Por la aventura, quizá. Algún joven sin nada que perder. Pero ellos, la mayoría...

El hombre volvió a toser, se atragantó, dejó de respirar unos segundos angustiosos.

Leonor se acercó a él. La hamaca quedaba casi a la altura de su rostro, un palmo por debajo de su cabeza.

—¿Se encuentra bien?

Al enfermo debió de parecerle un sueño. Un ángel. Abrió los ojos y luego, al verla mejor, los dilató un poco más, expectantes. Aun en la penumbra, se diría que la blanca pureza de la piel de la chica brillaba con luz propia. No dijo nada hasta que de sus labios surgió un pequeño estertor que se convirtió en un silbido agónico, como si sus pulmones estuvieran llenos de rocas o pasadizos que cortasen el paso al aire.

—Sí... —mintió.

—No lo parece.

—Me he... mareado —volvió a mentir.

—¿Quiere que avise a alguien? —se ofreció ella.

El cambio fue radical.

—¡No! —se agitó—. No es necesario.

—No van a dejarle entrar allí si está enfermo.

—Me curaré.

Leonor miró sus facciones pálidas y demacradas, los ojos enrojecidos y vidriosos. Le calculó unos veintitantos años, aunque en su estado era algo impreciso. Parecía un milagro que le hubiesen dejado subir a bordo.

Un milagro o había disimulado muy bien.

—¿Cómo se llama?

—Edelmiro Pons Gausá.

—Yo soy Leonor.

Logró hacerle sonreír.

—¿Serás mi ángel de la guarda?

—Lo intentaré.

—Gracias.

Iba a separarse de su lado y justo en ese instante la alcanzó la voz de su hermana.

—¡Leonor!

Volvió la cabeza. Mercedes estaba en la puerta. O también tenía frío o había ido a por ella al ver que tardaba más de la cuenta.

—Hasta luego —le susurró al enfermo.

Caminó al encuentro de su hermana evitando pisar alguna de las pertenencias diseminadas por el suelo. Otras personas regresaban ya a la bodega dispuestas a pasar su primera noche a bordo. Mercedes ya no lloraba, volvía a ser la chica seria, con aquel tono casi eternamente amargo que la caracterizaba. Los ojos eran dos piedras faltas de calor.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Leonor.

—¿Quién es ese?

—No lo sé. Un pasajero. Me he acercado a ver si se encontraba bien.

—A ver si tiene algo contagioso.

—No seas así.

—¿Así? ¿Cómo?

—Tan radical, pesimista, negativa...

—¿Yo soy radical, pesimista y negativa? —se mostró sorprendida.

—Pues sí —se cansó de ser condescendiente—. Ahora estamos solos, los cuatro, y nos necesitamos unos a otros. Si no nos apoyamos...

28 —¿Quieres que esté contenta, y sea feliz, optimista o... lo que sea, metidos en esta lata de sardinas rumbo a Dios sabe dónde?

—¿Qué querías, morirte de hambre en casa?

—¡Tú lo has dicho, en casa! ¡Ojalá me hubiera quedado!

—Entonces no nos habríamos ido.

—Eres una cría.

Leonor captó el tono de desprecio.

Siempre la misma envidia, aquella soterrada animadversión, la hermana mayor soportando a la insufrible hermana pequeña.

—Vamos, Mercedes...

Leonor intentó abrazarla, pero ella dio un paso atrás.

Las dos jóvenes se quedaron mirando. Ira en una, tristeza en otra.

El hombre volvió a toser.

Más y más pasajeros regresaban ya a la bodega después de ver Barcelona alejándose al otro lado de sus vidas.

MERCEDES NO PODÍA DORMIR. Casi ni respirar.

Primero habían sido las lágrimas, la desolación. Luego, como tantas otras veces, la furia. Era como si fuese a estallar de un

momento a otro. Estallar y reventar en el paroxismo de la rabia que la dominaba. La conocía bien, porque cuando se apoderaba de ella resultaba imparable. La cegaba. La rabia la poseía al límite de sus fuerzas y la agotaba. Eso era sin duda lo peor. Cuando conseguía controlarse, quedaba exhausta, vacía. Entonces aparecía el pozo de amargura en el que se sumergía hasta tocar fondo y volver a emerger con un nuevo arranque de ira.

Subir y bajar, su eterna insatisfacción.

¿Por qué?

Leonor era feliz con nada.

Ella no lo habría sido ni aunque lo hubiera tenido todo.

Que no era el caso.

Miró a la izquierda. Sus padres dormían abrazados. Era la primera vez que los veía así. La primera vez que compartían un espacio tan íntimo como una cama, aunque aquello fuese cualquier cosa menos una cama. En su abrazo había algo más que la idea de darse calor mutuo. Era el contacto de su eternidad, la huella indeleble de su amor. Se habían casado tarde, ya mayores, y ella, la primogénita, tardó en llegar. Casi ya no tenían esperanzas cuando finalmente se produjo el embarazo. Luego, para mayor sorpresa, llegó Leonor.

Mercedes volvió la cabeza y miró a su hermana.

Dormían juntas, pero no se tocaban. Lo evitaba siempre que podía. Veía a Leonor y no la reconocía. No se parecían en nada. Los celos formaban la barrera final. De no haber sido por Leonor, ella habría brillado. Con otra luz, pero habría brillado. A su lado, sin embargo... Aquella extraña belleza, indefinible, limpia y serena, los ojos grandes, los labios hermosamente dibujados, la piel tan blanca, el cuerpo medido, la voz, la risa...

Cuando Leonor aparecía, aunque no hablase, Mercedes dejaba de existir y todos miraban a su hermana pequeña. Todos la deseaban pese a tener solo dieciséis años, mientras que ella, con dieciocho, ni siquiera había conocido a un hombre.

Soltera, soltera, soltera...

Y con tantos deseos de amar y ser amada.

30 Se colocó boca arriba y cerró los ojos en busca de un sueño imposible. La cabeza le daba vueltas; los pensamientos iban y venían como relámpagos en la noche. Por más que se esforzara por imaginarse sola, sabía que la rodeaban un sinfín de desgraciados. Todas aquellas personas amontonadas como borregos en un matadero, durmiendo de cualquier forma, sin intimidad pese a las «cortinas» de su madre. Todas aquellas personas, como ellos mismos, emigrando en medio de la desolación y la vergüenza. Todas aquellas personas soñando con una vida mejor, yendo a la aventura hacia un país con otra lengua en el que, probablemente, los tratarían como a esclavos.

No era justo.

Mercedes sabía que la vida le debía algo, pero ¿y si se olvidaba o no le pagaba a tiempo?

El barco no se movía mucho. El lejano runrún de las calderas era remoto.

Una tos.

Un ronquido.

Un gemido.

El llanto de un niño ahogado rápidamente por su madre.

Mercedes se sintió la persona más desgraciada del mundo.

Volvió a mirar a Leonor y, pese a la oscuridad, se dio cuenta de que reía en sueños.